

mundo gráfico



Los hombres que han forjado la gran victoria de Teruel

Ved en nuestra portada a los hombres que han dirigido y realizado esta página admirable de nuestra guerra, que es la toma de Teruel. En la parte superior. Los soldados del Ejército Popular—«Creo que ninguna tropa del mundo hubiese podido luchar en condiciones semejantes», ha dicho Prieto—frente a Teruel, en los días del cerco que precedieron a la toma de la ciudad. (Se ve, a la derecha, la Plaza de Toros, que entonces era todavía reducto de resistencia).—Abajo: Indalecio Prieto (1), el general Rojo (2) y el general Hernández Sarrabia (3), que han preparado y dirigido las operaciones brillantísimas que han culminado en este gran triunfo

(Fots. Vidal Corella)

(Véase en el interior del número una extensa información sobre la toma de Teruel)

Miércoles, 29 de Diciembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.265

Los tres hombres
que han logrado
para la República
la conquista
de TERUEL

**PRIETO,
SARABIA
y
ROJO**



Caricaturas
de
Bayo

En las victoriosas operaciones sobre Teruel, la ejecución rápida, segura y perfecta ha correspondido a una preparación concienzuda y sabia, a una dirección y una organización de alta calidad militar. He aquí a los hombres que en el silencio fecundo de su labor han forjado esta gran victoria que la España republicana celebra hoy alborozadamente: Indalecio Prieto, el ministro de la Defensa Nacional; el coronel Hernández Sarabia, jefe del Ejército de Levante, ascendido a general sobre el mismo campo de operaciones, y el general Rojo, jefe del Estado Mayor



El ministro de Defensa Nacional—que siguió atentamente, sobre el terreno, el desarrollo de las operaciones hora a hora—presenciando, con el Estado Mayor, los movimientos de las tropas sobre Teruel

TERUEL

*La dirección
de las
operaciones*

El ministro de Defensa Nacional, con el general Rojo, jefe del Estado Mayor, y el general Hernández Sarabia, jefe del Ejército de Levante, siguiendo la marcha de las operaciones
(Fots. Vidal Corella)





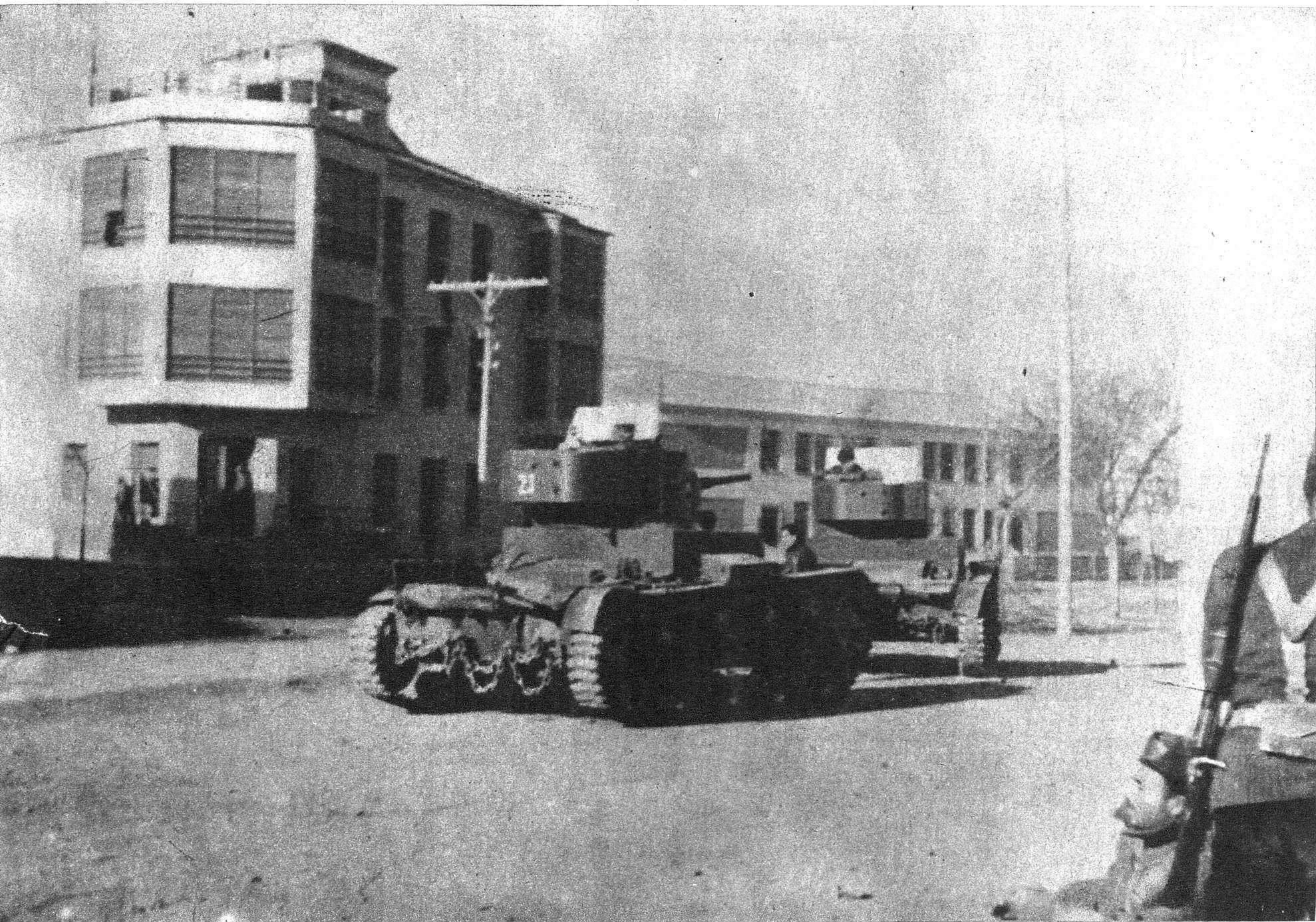
TERUEL

Los primeros edificios ocupados

El buen humor de los combatientes

Arriba: Una perspectiva de los primeros edificios que fueron ocupados en el triunfal avance del Ejército popular sobre Teruel. La operación —audacia, sorpresa, rapidez— ha tenido un eco de caluroso entusiasmo en la zona leal, y ha de repercutir con indudable eficacia en los ambientes internacionales
(Fots. Vidal Corella)

Abajo: Ni aun en estas horas duras de unas operaciones realizadas en los días más inclementes del invierno —«hubo soldados que murieron de frío», ha contado Prieto— faltó el humor a los soldados de la República. Vedles aquí, en un sitio de peligro, con la mascota de una de las unidades que han intervenido en el ataque



**LA ENTRADA DE LAS FUERZAS
DE LA REPUBLICA EN TERUEL**

(Fot.
Vidal
Corella)

Precediendo a la Infantería, los tanques de la República han realizado, en la toma de Teruel, una labor de gran eficacia, dominando los redutos de resistencia y abriendo brechas por las que inmediatamente, con un coraje y una decisión magníficos, se lanzaban los soldados. He aquí a dos de esos poderosos carros de asalto sobre las calles de la ciudad ocupada

Los soldados que han conquistado Teruel

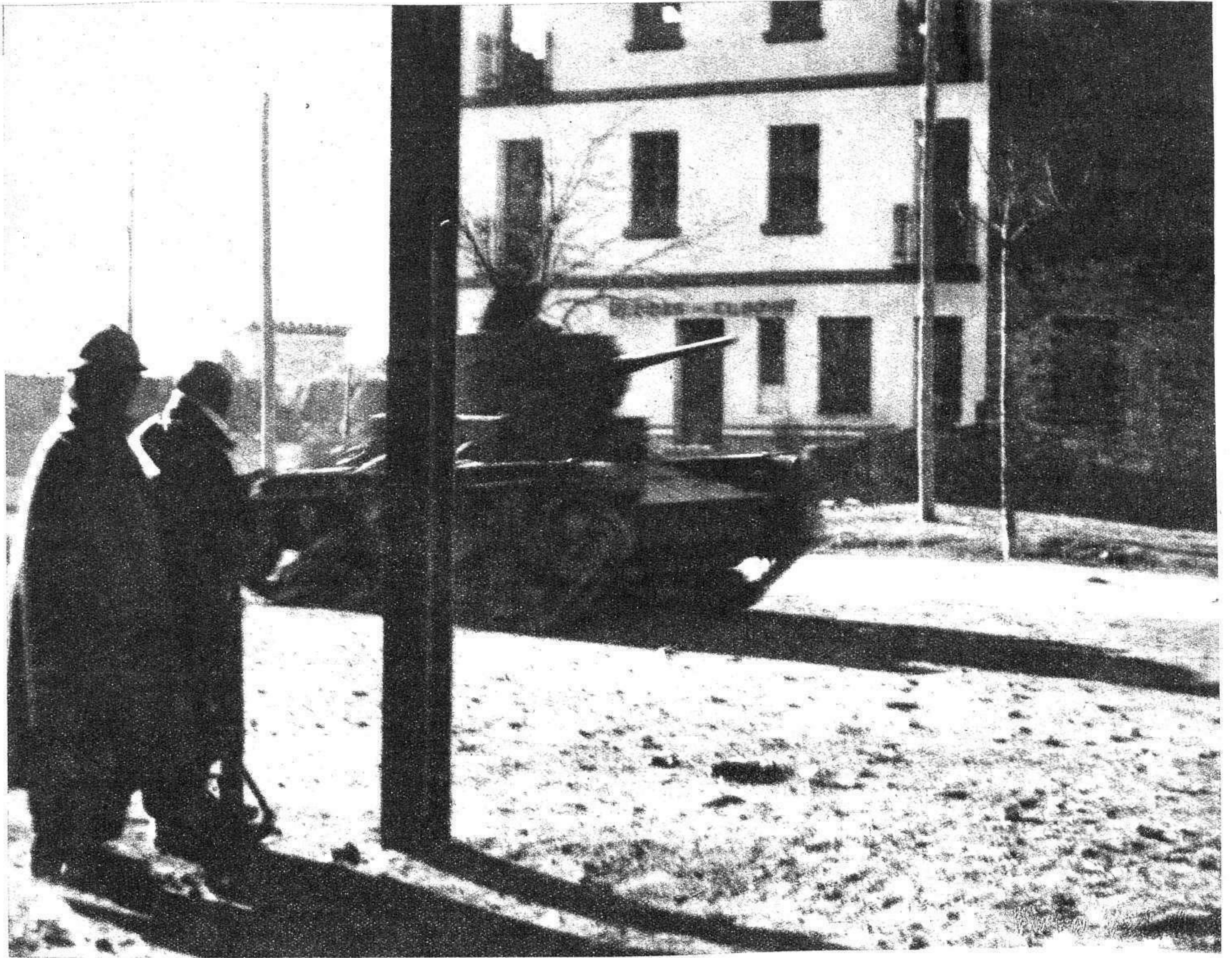


Un grupo de soldados republicanos espera la orden de lanzarse al ataque sobre los últimos parapetos que defienden la ciudad

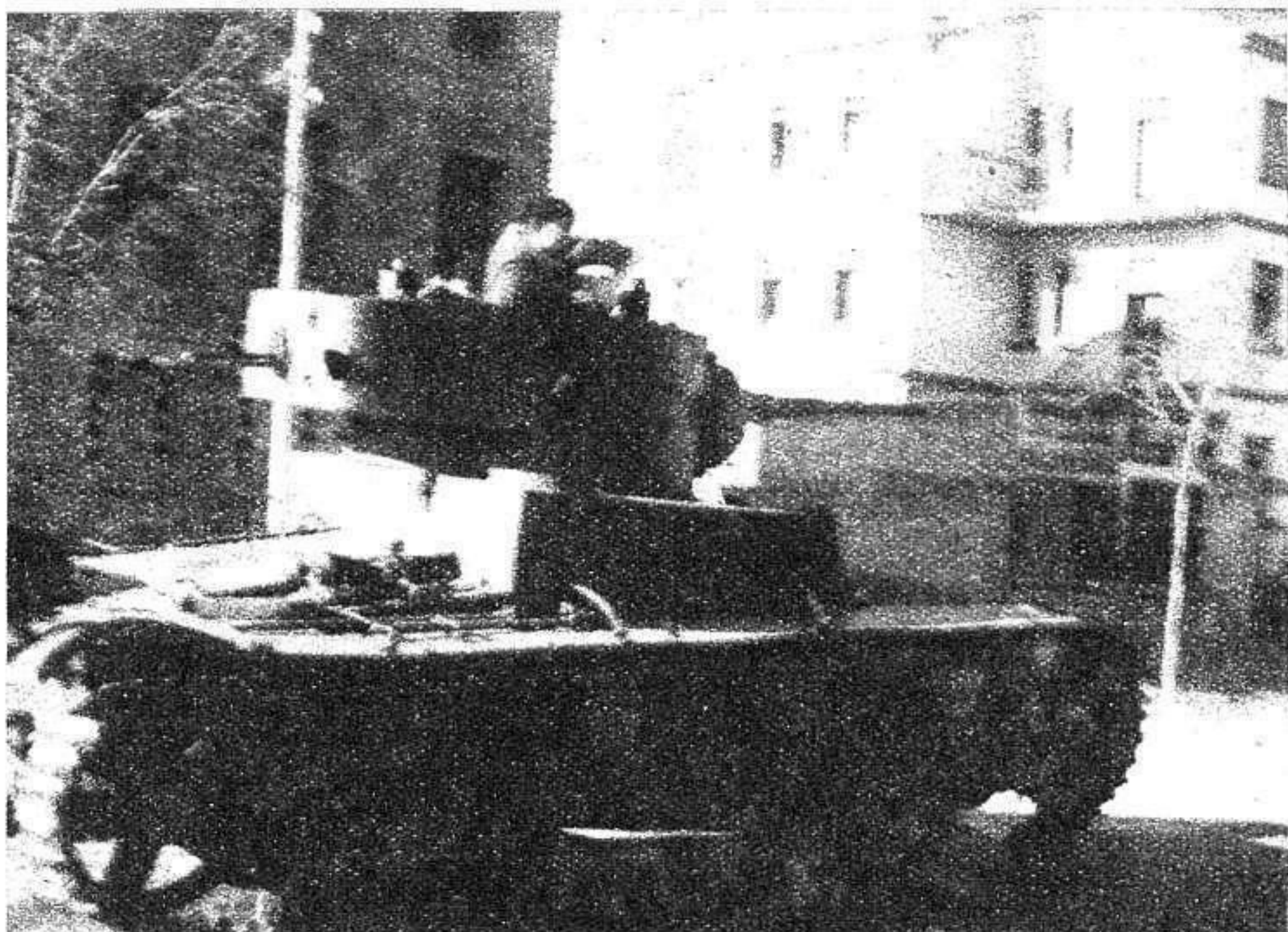
(Fots. Vidal Corella)

Una de las primeras fotos de la ocupación. Una patrulla de soldados del Ejército popular en servicio de vigilancia sobre las calles de la ciudad conquistada

Tanques republicanos en Teruel



Una de estas magníficas máquinas de guerra en las calles de la ciudad conquistada



Los tanques, que tan eficazmente han colaborado al éxito de la brillantísima operación, recorriendo las calles de la ciudad aragonesa ocupada por nuestras fuerzas en la semana última

(Fots. Vidal Corella)

TERUEL EN PODER DE LAS TROPAS DE LA REPÚBLICA



Las operaciones del Ejército de Levante culminaron brillantemente en la ocupación de la capital aragonesa. Ved en esta página algunas de las casas que primero fueron ocupadas. Sobre ellas se ven los efectos de los bombardeos de la artillería en las horas que precedieron a la toma de Teruel

(Fots. Vidal Corella)



El puño en alto

El comunista alemán que inventó el saludo antifascista

MUCHAS veces os habréis preguntado: ¿Cuál es el origen del puño en alto como saludo? ¿Quién fué el creador de esta muda expresión de protesta? Vamos a satisfacer esa curiosidad, haciendo antes una advertencia: que la mano cerrada y en alto no es un saludo exclusivamente marxista, sino antifascista. Y que éste fué el propósito que quiso insuflarle su creador, Edgar André, ex jefe de la Sección de Hamburgo de los Antiguos Combatientes Rojos.

Edgar André puede presentarse como el símbolo de los hombres libres de Alemania martirizados por el nazismo. A lo largo de los cuatro años sangrientos de la guerra europea luchó valientemente en el ejército alemán y fué condecorado varias veces. Era albañil de oficio y un espíritu abierto a las ideas libres, que puso al servicio de la defensa de sus hermanos de clase. En 1922 ingresó en el partido comunista alemán y adoptó la costumbre de saludar a sus camaradas con el puño en alto. Cuando poco después fundó la Asociación Roja de Antiguos Combatientes, todos sus compañeros adoptaron el saludo, que poco después fué empleado por todos los antifascistas alemanes, por la Asociación de la Bandera del Reich Republicano y por los socialistas, comunistas y los diversos frentes populares de Europa.

Frente al saludo fascista—y no romano, que nunca saludaron así—, Edgar André había cuajado en plástica expresiva y sobria el gesto de protesta de los proletarios tiranizados. Esto y sus campañas en defensa de los trabajadores despertaron el odio de los nazis, y empezó la persecución, que más tarde habría de llevarle a las cárceles de la Gestapo. En el *Libro pardo del terror hitlerista*, verdadero documental de la tiranía nazi, publicado hace dos años, se narra un episodio que pone de manifiesto el ensañamiento de los agentes de Hitler y la persecución que tuvo que sufrir el creador del saludo antifascista. En 1931, tres milicianos nazis atacaron un autobús y se precipitaron sobre un ciudadano alto, pálido, con el pelo negro: «¿Eres tú Edgar André?» Y antes de que el interpelado pudiera contestar, le mataron a tiros. Pero la víctima no era Edgar André, sino un consejero municipal de Hamburgo, que tenía con él cierto parecido.

Poco después, André ingresaba en la cárcel de Hamburgo. Los que estuvieron con él en la prisión cuentan los terribles martirios a que se vió sometido. Sin embargo, su espíritu animoso, su fortaleza de luchador antifascista, jamás tuvo un momento de desmayo. Para evitar que pudiera comunicarse con sus compañeros, le tenían aislado de todo contacto con ellos. Incluso en los momentos de descanso en el patio se prohibía a los demás encarcelados acercarse al creador del saludo antifascista. Pero él, a pesar de todas las prohibiciones, de todas las amenazas, de todos los martirios, seguía saludando a sus camaradas con el puño en alto. Su entereza, su decisión insobornable, acabó por causar impresión hasta en sus propios verdugos.

Dos años llevaba encarcelado, cuando el jefe nacionalsocialista de Hamburgo fué a visitarle en su celda, y le dijo:

—Señor André: vengo a visitarle, en nombre del partido nacionalsocialista, para decirle que nos hemos equivocado al llamarle «traidor a la patria». Si ingresa usted en nuestro partido, estamos dispuestos a olvidarlo todo.

André arrojó de la celda al jefe nazi y le gritó, mientras alzaba el puño cerrado, con las uñas clavadas en la palma de la mano:

—Lo que usted me propone es un insulto. Y es una vergüenza insultar a un prisionero.

A partir de entonces se intensificó el martirio de Edgar André. A empujones, apaleándole por el camino, fué sacado de la celda y conducido al patio de la prisión, donde habían colocado en fila a doscientos afiliados a la Asociación Roja de Antiguos Combatientes, fundada por él. Ante ellos le descargaron latigazos hasta que André cayó desvanecido. De resultados de aquel brutal martirio, el creador del saludo antifascista tuvo que usar muletas, porque quedó imposibilitado. Pero él—mártir de una noble causa de reivindicación proletaria—seguía saludando con la mano cerrada. Hasta que en todos los lugares del mundo surgió un bosque espeso de puños cerrados y en alto, para darle al gesto escolta fraternal.

ANTONIO DE LA SERENA



El presidente Companys con los periodistas madrileños que han ido a Barcelona, invitados por la Generalidad, para asistir a la inauguración de la Exposición «Madrid»

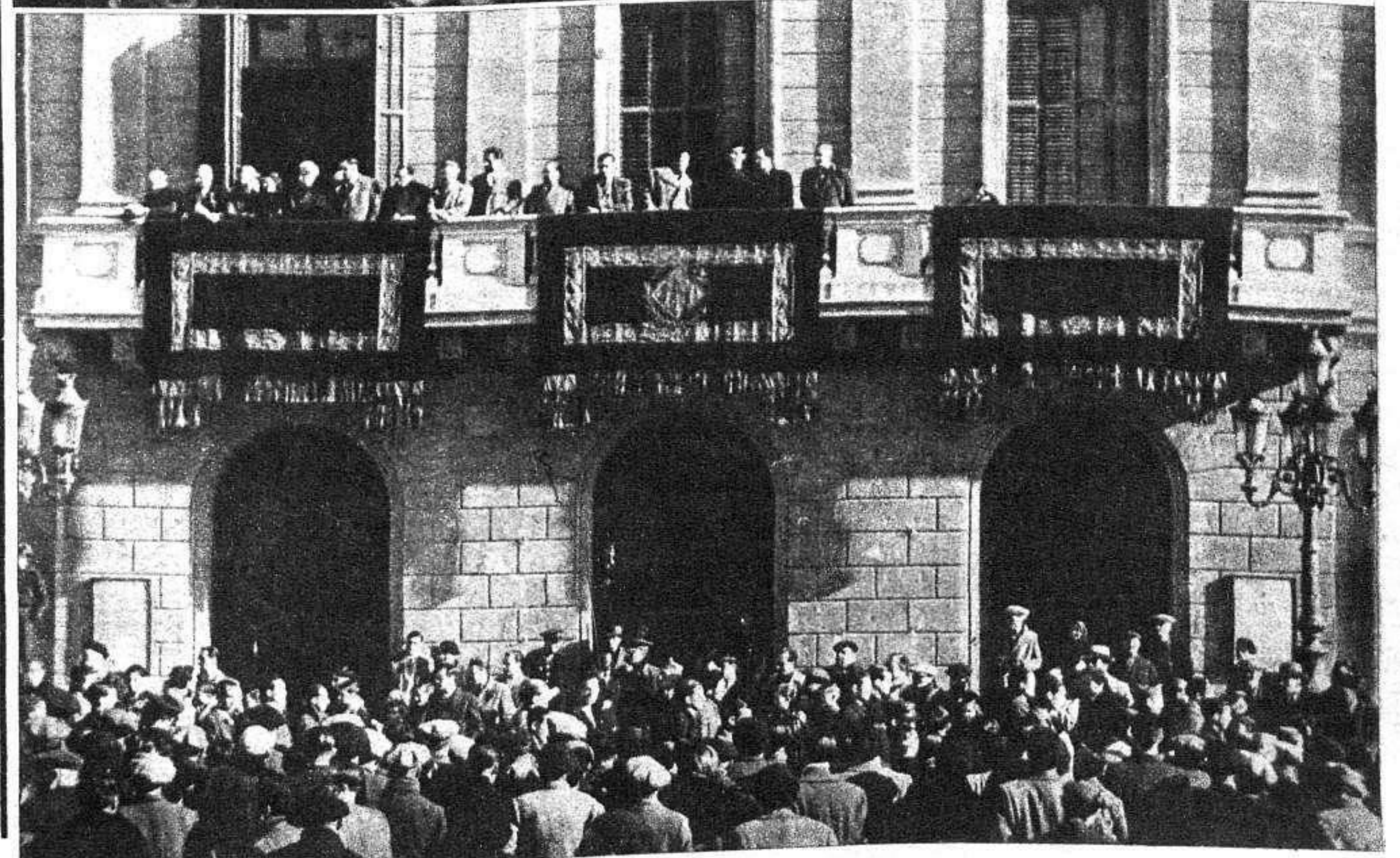


La vida en Cataluña

Estado en que quedó una de las casas bombardeadas por la aviación rebelde en una de sus últimas incursiones sobre la capital de Cataluña

(Fots. Torrents)

Las autoridades presenciando desde el Ayuntamiento el desfile de las tropas que rindieron honores durante el acto de inauguración de un nuevo Instituto Obrero de Segunda Enseñanza, en Sabadell



"La montanera"

Los suaves montes de nuestro sector están poblados de encinas. Antes venían tranquilamente aquí desde la ciudad y recogían la cosecha. Hogaño, que el encinar aparecía colmado de frutos, la recolección no se presentaba llana. «La guerra anda por aquí», como dice un camarada nuestro cuando oye silbar las balas. Es zona militar todo este monte, y los paisanos no tienen acceso a él. Era una pena, sin embargo, que la cosecha se perdiera cuando las lluvias y el viento del invierno echaran la bellota a tierra.

La Intendencia dispuso su recogida. Y entonces, cuando se hizo en este sector «la leva de extremeños». Porque, no cabe duda, para «ordeñar» encinas, nadie como el campesino de Extremadura. Vaejar el árbol hasta dejarlo rondo de fruto, pero sin que sufra ni ponga en peligro la cosecha del año futuro, no es empresa fácil, y necesita su aprendizaje. Lo tienen bien hecho los nombres de las tierras extremeñas, duchos en «la montanera», que es como por allá se llama a la faena de esquilmar las encinas.

Corrieron las voces por todo el sector: —¡Los que sean extremeños, que den tres pasos adelante!

Y por tan sencillo procedimiento, nos convertimos otra vez en trabajadores del campo unas docenas de soldados.

Se entabló entre nosotros un pugilato de emulación; ¡a ver quién llenaba más sacos en menos tiempo! Y allá fuimos hombres de Fuente de Cantos y de Frégenal de la Sierra, de Castuera y de Cabeza de Buey, de Llerena y de Almendralejo...

Rivalizábamos alegremente en el trabajo, y los sacos se colmaban con gran rapidez.

Una de estas tardes, un compañero de Zafra había repado a la copa de una gruesa encina y empezó a vaciarla a placer. Llovía el fruto con gran profusión. De repente, uno de los compañeros que lo recogían, un camarada de Jerez de los Caballeros, dió un grito y cayó de bruces sobre un saco. Se levantó en seguida, pálido y vacilante, mientras acudíamos a socorrerle.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has caído?

Y el jerezano extremeño, cuando por sonrí se para a disimular el dolor, contestó: —Nada... Que yo no sabía que las encinas de El Pardo enfaban bellotas de plomo...

Le miramos. Por el horrible izquierdo le brotaba un horror de sangre. Una bala perdida, desde las trincheras próximas, le había herido gravemente. —MARIO OTERO SAN JOSÉ.

Un viejo leal

«El caserío estaba abandonado, saqueado, medio destruido. Los pobres muebles, descerrajados, rotos; el co-



Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Al mendigo, por anciano e inútil, se habían contentado con echarlo del pueblo. Había estado dos días refugiado en el caserío, y cuando se acercó el peligro, huyó monte arriba. Había estado una semana comiendo raíces. Le dimos de comer cuanto llevábamos, y antes del amanecer, cuando ya íbamos a seguir nuestro camino, el viejo nos dijo que si queríamos acompañarle por el monte nos haría un buen regalo.

Fuimos con él tres compañeros. Aún anduvimos un largo rato por entre las peñas, y al fin, junto a una encina muy frondosa, el viejo nos dijo:

—Escarbar ahí, vosotros que tenéis más fuerza, y veréis.

A poco trabajo, desenterramos una escopeta de dos cañones, una carabina magnífica y tres cartucheras repletas de munición.

—Eran del guarda—nos dijo el anciano—. Las escondió ahí para que no le cogieran con armas los fascistas. El aquí, solo, no podía defenderse contra tantos. Ni a su mujer siquiera le dió cuenta del escondite. Nada más que a mí, que le conocía de muchos años, me lo dijo y me encargó que si le pasaba algo, sólo a vosotros, a «los suyos», les diera la noticia de estas armas.

Como veis, he cumplido bien el encargo. Diez días han estado por aquí ellos, y yo, escondido, pasando hambre, cuando se me acabaron los pocos mendrugos de reserva. ¡Se me pasaban unas ganas de desenterrar las armas cuando los veía allá abajo, haciendo centinela! ¡Más de uno no lo hubiera contado si yo tuviera, como antaño, la vista clara y buen pulso! Pero ¿qué iba a hacer yo con mis setenta y cinco años a cuestas? Vosotros las emplearéis mejor. Ahí las tenéis: acordaos del guarda, y que estas armas os sirvan para vengar tantas infamias como he visto! —MATÍAS CARMONA RUIZ.

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

A nuestros lectores

Este número consta de diez y seis páginas, en vez de las doce que veníamos dando últimamente, obligados por las causas ya conocidas del lector. Aunque la escasez de papel continúa, realizamos hoy un esfuerzo para poder ofrecer en este número una mayor cantidad de páginas, a fin de que en ellas puedan encontrar la debida extensión las informaciones relativas a la toma de Teruel.

rral, vacío; los enseres de cocina, destruidos. Ni rastro de ropas, salvo unos trapos sucios y hechos tiras.

Por allí había pasado el fascismo.

Nos detuvimos a descansar en el caserío, que era, además, un buen observatorio en el monte.

Llevábamos poco tiempo allí, cuando los centinelas trajeron a un viejo que se había presentado en nuestras avanzadas. Había estado escondido en una cueva mientras duró el combate. Era de por aquellos alrededores. Viejo y casi ciego, llevaba varios años viviendo de pedir limosna por los pueblos de la sierra.

El viejo nos explicó la tragedia de aquel caserío, donde se albergaba el guarda, del monte con su familia. Diez días antes habían asaltado la casa los fascistas. A la mujer y a una hija moza del guarda los facciosos se las habían llevado a la fuerza al pueblo próximo y las habían ultrajado villanamente. El guarda, que pertenecía al Sindicato de campesinos, fué fusilado, con otros tres compañeros, en las tapias del cementerio.

Historias de nuestra guerra

XIII

CINCO VICTORIAS

Si no fuera porque vestimos uniformes y por nuestras armas, costaría trabajo muchos días imaginarnos aquí que existe la guerra. Tal es la calma absoluta, la serenidad de este sector de la Sierra, donde, a veces, se pasan inacabables horas sin que se escuche un solo tiro.

El frío y la nieve dan a todo una quietud imponente; la niebla, casi continua, funde los contornos de los picachos y desdibuja todas las perspectivas. Nadie diría que en esta calma augusta viven, sin embargo, muchos centenares de hombres, que se vigilan, que se acechan, dispuestos a darse muerte a la menor alarma. Sin embargo, así es; entre los riscos, soterrado, en parapetos y trincheras, alienta todo un Ejército; los matorrales encubren nidos de máquinas, dispuestas a abrir sus abanicos de fuego. Pero en estos días de frío implacable, cuando la nieve cae con infinita mansedumbre, nadie diría que en este anfiteatro gigantesco, de una belleza abrupta, estática, acecha el monstruo de la guerra.

En una hondonada, tras nuestras líneas fortificadas, está el pueblecillo. Tiene ahora, quizá, más vida que en tiempos de paz. Los soldados libres de servicio pasean o juegan a los bolos, y a la plaza, cabe a la iglesia, cuyo nido de cigüeñas se llevó una bala de cañón. En algún soportal se ha establecido un bar y crepita una buena lumbre de encina. La radio, con su voz potente, nos trae vibraciones de la guerra, de la vida que aquí parece tan lejana.

Ahora, el escenario está mudo. Sólo muy de tarde en tarde, como para que no se extinga jamás el eco dramático de aquellas gestas, suena una explosión, una granada rasga los cendales de la niebla o el silbido de una bala raya el aire frío.

Pero lo normal es la calma absoluta. Silencio y nieve. El parte diario acusa tozudamente las mismas palabras: «Sin novedad».

Hay momentos en que tan profunda serenidad, en vez de enervar, exaspera. Se sabe que esta soledad está erizada de peligros, que la muerte acecha tras las picachos hoscas y entre los matorrales empolvados de escarcha. Y se desearía correr a afrontar el riesgo, luchar, agitarse, con un afán nervioso de movimiento. En esos instantes, el más duro combate parece preferible a esta ociosidad tensa, vigilante; a este silencio enervador de que nos contagia la Naturaleza.

En el pueblo, oyendo la voz de la radio, que nos trae, con los partes oficiales, noticias de cómo en otros frentes nuestros hermanos luchan y triunfan, esa sensación de quietud desesperante nos hostiga más aún.

Lógicamente, todos deseáramos salir de este marasmo. Y en este sentido se hilvanan comentarios y se expresan deseos de actividad.

Un comisario de compañía oye a unos muchachos lamentarse de su quietud; ellos desearían ir a otros frentes donde se está peleando, donde se ganan victorias. El comisario sonríe a la expresión de estas ansias juveniles. Y con cierta amable ironía les reconviene:

—Vosotros, muchachos, no estáis bien enterados. No sabéis que en todas partes y de muchas maneras se puede contribuir al triunfo de nuestra causa. Es, simplemente, que lo ignoráis. Vamos a ver: ¿a que no os habéis enterado de que en este sector mi compañía ha obtenido en estas dos últimas semanas cinco triunfos estupendos?

Se miran, asombrados, unos a otros los camaradas. Piensan: el comisario se estará burlando de ellos, porque en esas dos semanas no ha habido la menor escaramuza.

El comisario, sonriente, insiste:

—Pues sí, muchachos, cinco victorias, y de las mejores, de las que más daño hacen al enemigo. En estas dos semanas, en mi compañía, han aprendido a leer y a escribir cinco soldados que eran analfabetos. Esos cinco hombres de nuestro pueblo redimidos de la ignorancia valen tanto o más que cien metros de trincheras conquistados al enemigo. Son victorias que no figuran en los partes de guerra, porque son triunfos para algo mejor: para la paz, que si será la victoria de nuestra razón y de nuestra libertad, para que sea firme tendrá que ser también la victoria de nuestra cultura.

CAMPAÑA

DE

INVIERNO

Uno de los talleres de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, donde hoy se trabaja para la Campaña de Invierno

Fuera de su jornada habitual de trabajo, estas muchachas preparan miles de abrigos para los niños
(Fots. Videal)

Centenares de muchachas se disponen

a confeccionar, voluntariamente, 10.000 abrigos

Las consignas corren por los hogares y por los talleres, se cuelgan de los tranvías, gritan desde los periódicos. La Campaña de Invierno está llamando a la puerta de todas las voluntades, solicitando todas las aportaciones; han empezado los días malos, y hay que hacer llegar a los combatientes, a los refugiados, a los chiquillos el calor solidario de cuantos sienten menos duramente las crueldades de la lucha.

La Campaña está en marcha. Las contribuciones a ella son cada día más y mejores. Dinero, prendas de abrigo, golosinas, juguetes... Y junto a todo ello—siendo como su alma—, la adhesión espiritual, el fervor, el calor sentimental. Que poco vale una aportación material—unas monedas, una prenda, unos víveres...—cuando falta ese aliento afectivo, esa solidaridad en la emoción y en el espíritu. A los combatientes, a los refugiados, a los chiquillos les llegará en estos días, merced a la Campaña de Invierno, el presente de la retaguardia. Mas junto a la dimensión material de ese presente, ellos sabrán ver, sobre todo, aquel valor sentimental, aquel acento fervoroso con que las aportaciones fueron hechas y logradas.

Aquí, en Madrid, la Comisión organizadora de la Campaña trabaja infatigablemente. Reuniones, iniciativas, propaganda... Forman esa Comisión Berta Lariot, por las Mujeres Antifascistas; Maruja Torres, por la Unión de Muchachas; García Donaire, por el Frente Popular; Evaristo Pérez, por los Comités de Vecinos; por el Socorro, Santiago Cordero... A este grupo organizador acaba de unirse la Liga de Mutilados de Guerra, representada por Pedro Sánchez. (A éstos, a los mutilados de la lucha, llegará, por tanto, también la acción de la Campaña de Invierno).

Como es sabido, uno de los propósitos de la Campaña era el de celebrar el Día del Niño. Pero el Gobierno, a través de su Ministerio de Instrucción Pública, ha querido también preocuparse en estos días por el niño, y ante esto, la Comisión organizadora de aquella Campaña de Invierno ha acordado pasar todos sus trabajos realizados y en curso a la Comisión oficialmente nombrada por el Ministerio. De este modo, de la Campaña de Invierno ha quedado desglosada la parte del Día del Niño. Claro es que la Comisión de la Campaña, ini-



En las dos fotografías del centro de la página: Dos momentos de una reunión de la Comisión organizadora de la Campaña de Invierno. En la parte inferior: Un rincón de los almacenes del S. R. I., donde estos días se trabaja activamente en la obra de ayuda a la población civil

ciada ya con tan caluroso éxito, apoyará material y moralmente cuanto tienda a reforzar la brillantez del Día del Niño.

Entre las aportaciones—diarias e importantes—que llegan a la Comisión, está la de la Agrupación de Mujeres Antifascistas. Ha puesto a disposición de la Campaña de Invierno sus talleres, para que en ellos puedan hacerse prendas con destino a los «chavales». En los tres talleres que la Agrupación tiene instalados en Madrid se trabaja hoy para la guerra. Centenares de muchachas cosen y cosen, mañana y tarde, ropas para los combatientes. Hay un zumbido de colmena en las grandes estancias. Las agujas pasan y repasan la ropa. Es constante el ritmo de la máquina de coser. Sin que el trabajo cese un solo instante—apasionados y afanosos los ojos y las manos sobre la tarea—surgen a veces en las muchachas comentarios y canciones. De entre los grupos de una estancia surge, de pronto, como un coro en voz baja, como un haz de voces que saben no ser estridentes.

—Son las rematadoras, que cantan para rematar la labor—dice la responsable de uno de estos talleres.

Todas estas muchachas trabajan hoy para la guerra. Mas cuando su jornada acabe a la hora señalada, seguirán trabajando. A un lado, la calle, y el cine, y el novio... Trabajarán fuera de esa jornada—y ya sin cobrar, lo que añade valor al gesto—dos horas más, o tres, o las que haga falta. Trabajarán los domingos también, si fuera preciso. Hay que hacer diez mil abriguitos para entregárselos a los chiquillos en estos días del nuevo año. Y las muchachas de los tres talleres han dicho sí sencillamente a este esfuerzo que se les pedía. Ellas harán las diez mil prendas, añadiendo horas a sus horas habituales, quitándose al descanso, forzando voluntaria y gozadamente la diaria tarea.

Están aquí los lobos del invierno. Mas con gestos como los de estos centenares de obreritas, las dentelladas del frío tendrán una crueldad menor. Diez mil prendas hechas gratuitamente, cuando ya se ha acabado el trabajo de todos los días, sin miedo al cansancio, resuelta y alegremente. ¿No hay en este esfuerzo admirable un valor y una emoción ejemplares?

La guerra. Más que en 1914. Como si nadie hubiera aprendido aquella terrible lección. Los pueblos —acaso sería más exacto decir los Estados— van, o se disponen a ir, a la guerra. No importa que de los que fueron en 1914 hasta los vencedores saliesen perdiendo. ¡La guerra! Y son las tierras de Abisinia ametralladas. Y son los campos y las ciudades de España ensangrentados. Y es China, donde ni siquiera la dilatada superficie y la profunda raíz de sus Concesiones extranjeras albergan el sosiego de una zona neutral.

Europa, Africa y Asia han sentido ya en su propia carne el hierro y el fuego de esta belicosidad actual. América, mientras tanto, espera con el ceño fruncido. La política panamericana, con su concepto del «buen vecino», como una nueva expresión de la más vieja definición de la libertad, que tiene en Franklin Roosevelt su mejor intérprete, puede no ser ya suficiente garantía de paz. Y también en América empiezan a resonar las armas. Los telegramas de las Agencias periodísticas hacen referencia a choques sangrientos entre los negros haitianos y los blancos dominicanos en la línea fronteriza entre Santo Domingo y Haití, cuando un acuerdo de los dos países había dado a la cuestión de fronteras solución de política pacifista ejemplar. ¿La guerra también?

Cuando en todo el mundo resuenan las armas Sangre en la frontera de la República Dominicana y Haití

aquel acuerdo firmado por los dos presidentes, Vincent y Trujillo, cuantos haitianos se hallasen en precario en nuestro territorio habrían de abandonarlo. Y los que no quisieron hacerlo así, y aun persistieron en su delictivo comportamiento en suelo dominicano y contra intereses dominicanos, son los que han promovido ahora los sucesos que tenemos que lamentar. En principio, se había logrado ya la conformidad de los dos Estados en cuanto al procedimiento para castigar a los responsables; y la República Dominicana, con la anuencia del Gobierno de Haití y de su presidente Vincent, designó varios jueces especiales, que comenzaron a instruir dili-

la guerra pueda amenazar a su país, hoy consagrado afanosamente a una tarea de pacífica reconstrucción nacional.

El pueblo americano que primero recurrió a los arbitrajes

El ministro dominicano recuerda que fué su país el primero que en América recurrió al sistema del arbitraje para buscar solución a un conflicto.

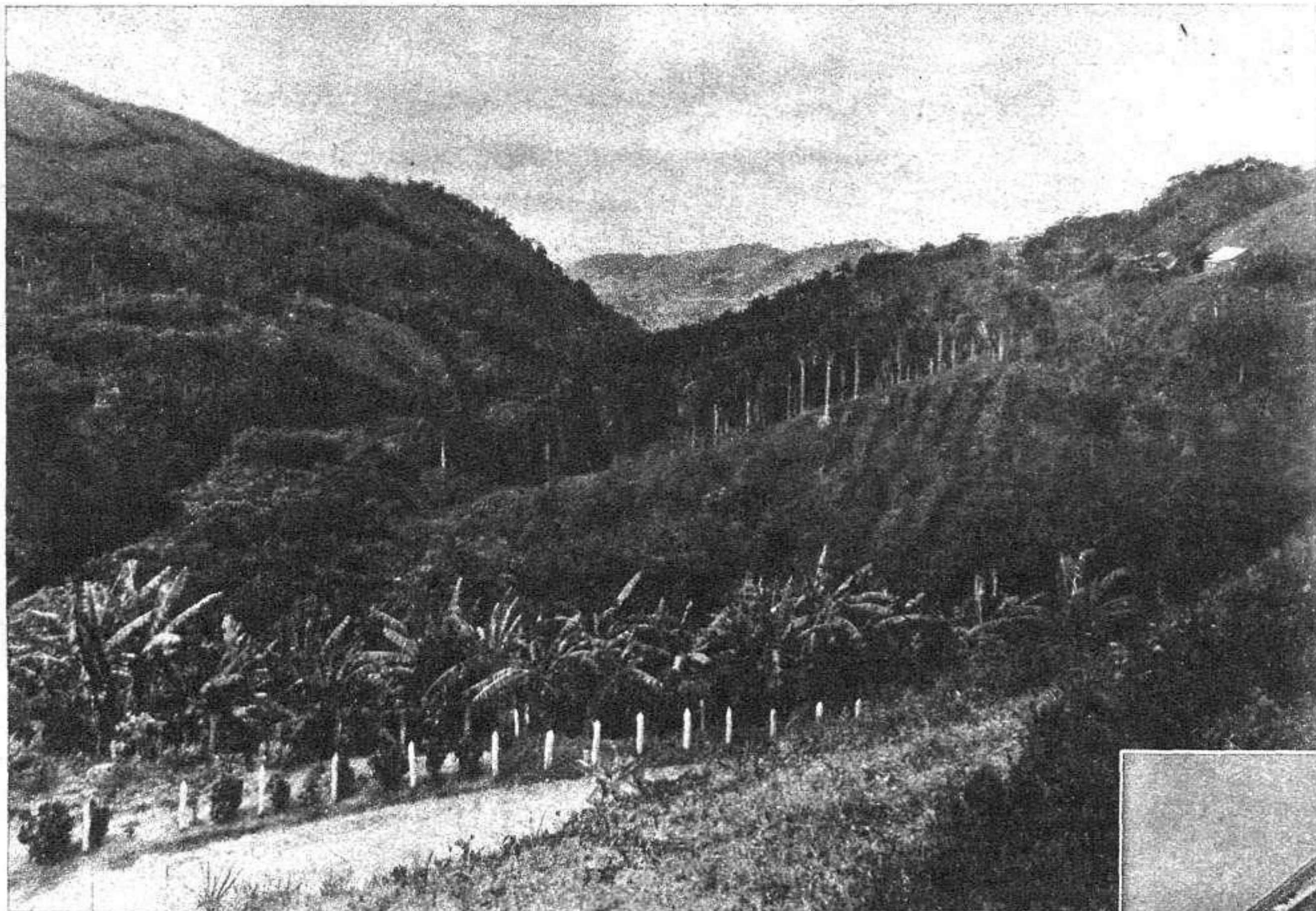
—En 1882, cuando la República Dominicana firmó su convenio con El Salvador... Desde entonces—añade—, a todos los Tratados de arbitraje estuvo adherida. Y ahora, ya sometida la cuestión con Haití a la Comisión Permanente del Pacto Gondra, en funciones de conciliación, se llegará, también, sin duda, a una solución pacíficamente.

—Entonces, ¿la guerra...?

—El presidente Trujillo considera que su mandato alcanza más generosas y provechosas misiones. Misiones que están enriqueciendo materialmente y enaltecendo con espléndidos bríos intelectuales a nuestra República. Son la construcción de carreteras, y el tendido de puentes, y el desarrollo de la producción, y los Tratados de comercio. Ningún preparativo bélico en mi país. Precisamente ahora nuestra aviación va con los aviones de Cuba en ese vuelo colombino, bajo los cielos americanos, en propaganda del Faro de Colón, cuyos motores puso en marcha el presidente Trujillo con estas nobles y claras palabras: «Alas que llevan un mensaje de solidaridad y simpatía, y que son alas mensajeras de muerte, como otras que se elevan hoy en cielos menos puros». Nuestros aviones, en un vuelo de paz. ¿Cómo pensar, mientras tanto, en la guerra!—dice don César Tolentino.

Pero si piensa en la guerra el ministro plenipotenciario de la República Dominicana. Piensa en la guerra nuestra, en la «de aquí». Que no sería buen dominicano, que es tanto como haber nacido en cuna de español, si no pensase en ella.

José ROMERO CUESTA



La situación haitianodominicana y los sucesos de la frontera

La República Dominicana está identificada, por su representación en Madrid, con los sentimientos y los padecimientos populares españoles desde el comienzo de nuestra guerra. Fué en los primeros días de la lucha, cuando bajo el nombre del presidente dominicano Trujillo la Legación de aquella República hubo de improvisar, con una solicitud en que se manifestaba maternalmente la diplomacia, su Guardería Infantil para huérfanos de combatientes y cuando acudió en socorro del vecindario civil, que por la guerra veía destrizados sus hogares, a ofrecer los locales de la propia Residencia para las necesidades de la evacuación interior. Así, la República Dominicana está en Madrid para los españoles. En su ministro plenipotenciario, don César Tolentino, a quien el periodista puede acercarse fácilmente con aquella interrogación.

—¿La guerra también?

Y el diplomático, antes de responder, rebusca entre los papeles de su mesa de despacho el último *dosier* recibido de su Gobierno. Allí está toda la historia del conflicto surgido entre la República Dominicana y Haití. Referencias al acuerdo firmado entre las dos Repúblicas sobre delimitación de fronteras en 1934, y en el que el Estado dominicano cedía ya una vasta extensión de su territorio para asegurar la paz en su vecindad. Relatos de los sucesos que han podido alterar ahora aquel trato pacífico. Después explica:

—Hasta entonces, para los haitianos, y para los menos deseables de ellos, apenas si existía frontera con nuestra República, a la que llegaban sin haberse sometido previamente a ninguna formalidad legal. Y nuestros propietarios de aquellos terrenos fronterizos eran frecuentemente objeto de la rapiña y del merodeo por haitianos mal conceptuados en su propio país. Según

Un paisaje de la frontera de la República Dominicana y Haití, donde hoy se han producido los choques entre súbditos de los dos países

gencias. La justicia se iba a hacer rápidamente. Pero entonces, como si se pretendiera con ello convertir una cuestión de policía en una cuestión de demarcación territorial, o hacer de un episodio lamentable, pero que no modificaba la cordial convivencia entre las dos Repúblicas, un litigio de Estado con Estado, se propuso la mediación de los Estados Unidos, Cuba y Méjico, que, agradeciéndola, la República Dominicana rechazó. Se habría llegado ya a una solución—añade el señor Tolentino—, para la que están dispuestos favorablemente los ánimos de los presidentes Trujillo y Vincent y de los pueblos de nuestra República y de Haití. Pero contra esa solución parecen trabajar desde el Extranjero, obstinadamente, los enemigos de uno y otro Gobierno.

Don César Tolentino no cree que

El Palacio Nacional, en la Ciudad Trujillo, distrito de la capital dominicana



Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

El capitán de Húsares

Amor

ANA María Lesser es una bonita muchacha berlinesa, con unos ojos grandes y profundos y con un montón de sueños en el corazón. Ama los vales de moda y las novelas de amor y de aventuras. En sus días de colegio escondía entre los libros de Historia y de Ciencia las copias de las canciones del día. Prefería una bella leyenda a una de aquellas adustas verdades que en el colegio la enseñaban. Muchas veces, en sus ojos había un alegre estupor al ver desfilar por las calles de Berlín los regimientos de gala. La alegría le brincaba en el ánimo al escuchar las músicas militares.

Ahora—diez y seis años fragantes—, Ana María Lesser vive una vida tranquila y monótona de burguesita. Sus horas tienen un ritmo apacible e igual, sin altibajos, sin sobresaltos. Hay en ellas—los diez y seis años, naturalmente—el ardiente deseo de un amor de novela, de uno de aquellos amores leídos en las bellas historias románticas. El presentimiento de la gran hora pone en la muchacha éxtasis fervorosos.

Un día, ese presentimiento y ese deseo se hacen carne de realidad. Ana María Lesser ha conocido a un capitán de Húsares de la Guardia. Nace en los dos un idilio vehemente. Tienen las horas, bajo el nuevo amor, un ritmo de fiebre. Paseos largos en los quietos parques, diálogos interminables en las cervecerías abigarradas y tumultuosas, en los cafés apartados y silenciosos. Ana María Lesser vive apasionadamente este amor de sus diez y seis años. Por las noches, cuando regresa a su casa—el hogar apacible y burgués—, sus ojos tienen un brillo extraño, y en su boca hay aún la huella quemante de los besos recientes.

Todo el mundo interior de la muchacha—uno de esos días de su pasión exaltada—parece transformarse, adquirir un profundo sentido nuevo. En sus ojos hay de pronto unas lágrimas, que ella no sabe si son de alegría, de dolor o de miedo. Ha sentido en sus extrañas el palpitir de una vida nueva, de un amor que se ha hecho carne.

El acoso de la necesidad

El amor, desde ese momento, se mezcla al llanto. Las horas se tiñen de pena para Ana María Lesser. ¿Cuántas noches pasa en vigilia, llorando sobre el lecho? Nace muerto el hijo de aquel amor. Los padres de la muchacha—un hogar burgués, tradicional—la arrojan de la casa. Ana María se ve sola y casi niña en la calle: sola con el recuerdo de aquel chiquitín que no llegó a vivir y con la realidad de un amor que para ella se mezcla al llanto.

El capitán abandona el servicio, quiere buscar otros rumbos a su vida. Mas, muy poco tiempo después, vuelve otra vez al Ejército, ingresando ahora en un regimiento

ferroviario. Es destinado fuera de Berlín. Ana María queda en la capital y vive de lo que él puede enviarle: vida angosta, pobre, porque el capitán gana poco y se ve, además, agobiado de deudas antiguas. El dinero que éste recibía de la legítima paterna—administrada por sus hermanos—es cada vez menor. Pesaban sobre él, desde los días en que servía en el regimiento de Húsares de la Guardia, embargos numerosos. La situación, económicamente, va haciéndose para el militar cada día más insoluble. Se siente ahogado, acorralado. Su comandante, un día, le dice que deberá arreglar toda aquella maraña de deudas o abandonar el servicio militar. El capitán Winanky se

muerde rabiosamente los labios. La dulce sombra de Ana María—que estará en Berlín esperándole—se alza ante él pidiéndole que encauce su vida, que la desvíe de aquel infierno de agobios y débitos.

Winanky está decidido a liberarse de tal situación. Por él mismo y por la muchacha que le entregó toda su vida. Dispuesto a ello, toma el tren que le llevará hasta Berlín.

Hacia una vida nueva

En Berlín ve a un antiguo compañero suyo de carrera, que está ahora en el Estado Mayor General. Por este amigo entra en relación con un alto funcionario, y éste, a su vez, le pone en contacto con un señor llamado J. Matthesius, director de unas oficinas que están en la Bülowstrasse.

En la portada del local se lee: «Accesorios para automóviles. Exportación al Extranjero». Pero la oficina es, en realidad, una Agencia de espionaje, dirigida por Matthesius. Hacia ella se encamina, decidido a salir del embrollo de su situación económica, el capitán Winanky. Necesita verse libre de aquel constante agobio; quiere que Ana María tenga una vida tranquila, independiente y sin sobresaltos. Trabajaré como espía, ganará dinero, espantará de una vez al fantasma de la necesidad.

Habla con Matthesius en el despacho de la Bülowstrasse. Matthesius es un hombre pequeño, delgado, anguloso. Vivos los ojos, bajo la frente enorme. Unas patillas largas, unos pómulos pronunciados, una expresión de astucia y de sagacidad. Viste con una gran elegancia.

Quedan los dos de acuerdo. Se verán, en una nueva y decisiva entrevista—en ella dirá Matthesius a Winanky el trabajo que deberá realizar—dentro de unos días, en el restaurante del Hotel Adlon. Hasta ese momento, el capitán se dedica a arreglar sus cosas. Tiene ya dinero con que liquidar las viejas deudas. Pide la separación del servicio militar. Por las noches, en los restaurantes de moda, brinda con Ana María por la nueva vida que empieza. Es el Berlín alegre de 1912.

Una misión en París

Matthesius y Winanky charlan en el restaurante del Hotel Adlon. La palabra de Matthesius es precisa, certera, rápida. No hay en ella rodeos inútiles, ropajes hábiles.

—Esta noche deberá usted salir en el expreso D para París. Se dirige allí a la razón social Meunier y Compañía. Las señas van en esta ficha. Las aprende usted de memoria, y después inutiliza la ficha. Meunier y Compañía es una Casa que está en sus comienzos; necesita ahorrar gastos, y el jefe no cuenta todavía con empleado alguno. Está haciendo pruebas con juegos de bolas para automóviles, neumáticos y artículos de esta clase. Es una Casa que, naturalmente, se halla en relación con la mía. A ella acaba de presentarse un sujeto ofreciendo unos planos para la construcción de un arma automática: un arma de combate que tiene ciertos puntos de contacto, por ejemplo, con un revólver de repetición, pudiendo disparar con una rapidez extraordinaria. ¿Comprende usted? Usted es militar, y se dará cuenta perfecta. Esos planos cuestan cinco mil marcos. Llevará usted esta cantidad para comprarlos, una vez que haya comprobado su eficacia, su valor práctico.

La aguda mirada de Matthesius se dirige a uno y otro lado del salón. En una mesa cercana, tres mujeres charlan animadamente. El hombre las mira un momento, para volver en seguida a la conversación.

—Por otra parte—continúa—, no deberá solicitar los planos hasta tener la seguridad de que el Ejército francés los considera realizables, o, por lo menos, de que trata de fabricar algo semejante. No telegrafee, no escriba usted. Pero cuando haya realizado su misión—en uno u otro sentido, positiva o negativamente—se traslada en seguida a Berlín y me llama sin pérdida de tiempo. Ya nos reuniremos en alguna parte. Hay que hacer lo imposible, señor capitán. Si no sale airoso en su empresa no le volveré a dirigir la palabra. ¿Conformes? He aquí el cheque para sus gastos. Y nada más. Levantémonos ahora.

Salen del restaurante. Esa noche, Winanky parte de Berlín rumbo a la capital de Francia.



En el
próximo
número:

Cómo
se prueba
a un espía

Se han cumplido, en estos días, veintitrés años de aquel Diciembre de 1914, en que Francia veía invadido su suelo. Las divisiones alemanas habían realizado avances de considerable importancia sobre la tierra francesa. Trágico otoño aquél... La guerra se endurecía cada vez más. Era un volcán Europa. Y así empezó, bajo una guerra como nunca se había conocido, aquel Diciembre de 1914.

Se acercaban las fiestas de fin de año. La Navidad se alzaba ante el espíritu del mundo. Pero había guerra. No se podía pensar en júbilos. Reír y cantar, mientras había hombres que morían en las trincheras, era paradójicamente sangriento. No se debía pensar en fiestas. Mas sí, en cambio, podía pensarse en un alto en la lucha, como en un homenaje a la tradición de tantos años.

Y éste fué el pensamiento del Papa: Que las potencias beligerantes concertasen una tregua en el combate para esas horas de Pascua. Que callasen las armas, que enmudecisen los cañones, que pasara sobre los hombres, aunque fuese de un modo fugitivo, un sentimiento de hermandad. No quiso el Papa, sin embargo, llevar adelante este proyecto suyo sin hacer antes algunas gestiones, algunos sondeos. A tal fin, el secretario del Vaticano escribió al cardenal Amette, arzobispo de París, para que hiciera llegar, de un modo no oficial todavía, aquel pensamiento al Presidente de la República y al Gobierno.

El Gobierno deja entender que sólo obrará de acuerdo con sus aliados, y que habrán de ser consultados, además, los jefes de los Ejércitos. Y Poincaré, el Presidente de la República, requerido para dar su opinión sobre ello, dice:

—No puedo decidir nada fuera del Gobierno; pero la idea de la Santa Sede me parece difícilmente realizable. Debemos examinarla, naturalmente, de acuerdo con nuestros aliados. Además, la fiesta rusa de la Navidad no coincide en su fecha con la nuestra. Por otra parte;

Aquel

DICIEMBRE DE 1914...

Cuando se quiso y no se pudo conseguir una tregua en la lucha

...nadie pudo prever la situación militar permitiría una tregua el día 25 de Diciembre. El pensamiento del Papa me parece generoso; pero tengo el miedo de que sea sólo un pensamiento... teórico, y no práctico...

Así habla, sobre el deseo de una tregua, el Presidente de Francia en la víspera del primer día de Diciembre de 1914.

Dos días después, el Gobierno francés hace saber al cardenal Amette los obstáculos que se oponen a una tregua de Navidad. El Gran Cuartel General estima que sería peligroso suspender, aunque no fuese más que por veinticuatro horas, las operaciones en curso. El cardenal comprende las razones que le son expuestas. El, a su vez, las transmitirá al Vaticano.

El Papa ha hecho también una gestión idéntica cerca del Gobierno ruso, para saber si éste accedería, el día de Navidad, a una pausa en la lucha. Y el Gobierno del Zar ha respondido que, estimando mucho la alteza y la nobleza del propósito, no puede acceder al armisticio propuesto. Primero, porque la Navidad ortodoxa no

coincide con la Navidad católica. Y después, porque Rusia no tendría ninguna confianza en las promesas que Alemania, su enemiga, pudiera hacer...

Alemania, Inglaterra y Bélgica hacen saber a la Santa Sede que son, en principio, favorables a la tregua de Navidad.

No es, sin embargo, verosímil que los países de religión ortodoxa den su adhesión al proyectado armisticio y éste pueda convertirse en una realidad. Faltan ahora dos semanas para la fecha en que las armas deberían hacer un alto en su duelo de muerte.

Y aquel pensamiento de una tregua en la lucha se va, se disuelve. La guerra sigue, sin pausas, sin altos. Las tropas no tendrán *réveillon*. No se ha podido llegar a un acuerdo con los aliados de religión ortodoxa ni con el Estado Mayor francés, que no creía poder interrumpir sus movimientos ofensivos.

Es la víspera triste de la Navidad. El cañón suena incesantemente. Desde Burdeos, el Presidente de la República dialoga por telégrafo sin hilos con el Zar de Rusia.

—Recibid—habla el Emperador—, con la expresión de mis sentimientos sinceramente amistosos, mis mejores deseos para las fiestas de Navidad...

Las ondas que traen estas palabras llegan directamente, limpiamente. Cuando se ve solo en sus estancias, a solas con su espíritu y su responsabilidad, a solas en su conciencia con el drama tremendo que está viviendo Francia, el buen Poincaré piensa en aquellas palabras que a muchos kilómetros de distancia le ha dirigido el Zar: «Las fiestas de Navidad...» Y piensa, con una honda melancolía, con su dolor de francés que sabe que todos los días caen centenares de hombres:

—Las fiestas, las fiestas... ¿Dónde están?

Al ilustre doctor Carvajal, que vela por los niños de Madrid.

He aquí que una guerra puede convulsionar hasta sus raíces toda la organización de un país, asolar pueblos, devorar millares de vidas, derrumbar monumentos, hundir instituciones, hasta cambiar, en fuerza de metralla, su configuración geográfica. Nada resiste a ese vendaval trágico de la guerra, abismo en que se hunden o crisol en que se transforman las más poderosas energías humanas.

Pero hay algo con lo que la terrible deidad no puede, porque es acaso la única esencia vital de la guerra, su matriz en muchos casos y su aliento casi siempre: la codicia. Codicia de tierras, de productos; apetencias materiales de bienes o deseos abusivos de poder, son las causas de toda guerra. Se matan los hombres y se hunden los pueblos para que se enriquezcan los fabricantes de armamentos. Las guerras, que son la máxima tragedia para los que las hacen y las sufren, son siempre un bello negocio para quienes las organizan.

Si todas las teorías pacifistas, los más fervorosos apostolados, las mejores siembras de cultura, pudieran llegar a anular en el hombre el espíritu de violencia, a moldearlo en un auténtico credo de fraternidad universal, no se habría con todo eso conseguido nada si al mismo tiempo no se lograba descuajar de la conciencia humana el espíritu codicioso de la posesión. De modo más simplista: mientras la satisfacción de las necesidades humanas sea objeto de comercio, la guerras existirán.

Marte vivirá robusto mientras Mercurio—que en la Mitología clásica era, al par, dios de los comerciantes y de los ladrones—pueda batir libremente sus alas.

Veamos el ejemplo, en carne sangrante de realidad, de esta guerra nuestra. Y precisamente en el Madrid mártir y heroico. Son inúmeros, ingentes los sacrificios que el pueblo de Madrid ha rendido, con su magnífica capacidad estoica, a los accidentes de la lucha. Los exponentes de solidaridad con nuestro pueblo alcanzan, por fortuna, altas cifras. Nadie, genéricamente, ha regateado su esfuerzo: los unos, en las trincheras, ofreciendo sus vidas; otros, en la retaguardia, prodigando su trabajo, poniendo a contribución sus mejores reservas espirituales para soportar las durezas dramáticas de la guerra.

LOGREROS Y MIXTIFICADORES

Los peores delincuentes de la retaguardia

Madrid ha sido y es un ejemplo magnífico ante el mundo. ¿Qué voces se atreven a disonar en este concierto de generosidades heroicas, en esta armonía de sacrificios?

Acabáis de oírlas, bien rotundas, lo mismo que las hemos estado escuchando durante diez y siete meses en un bordoneo hipócrita y cobarde: son los logrereros, los mixtificadores, la fauna codiciosa, hijos de Shylock, el mercader, y de *Pantalón*, el usurero.

Mientras los hombres rinden su vida en las trincheras y en los puestos de trabajo; mientras las mujeres y los niños, los enfermos y los ancianos, soportan estoicamente las duras leyes de la necesidad, hay quien de esa necesidad hace agio, instrumento de coacción y motivo de escándalo.

Más de un centenar de patronos vaqueros han sido presos por oponerse a una iniciativa municipal que defendía, simplemente, el derecho sagrado de los niños, los enfermos y los ancianos de Madrid a alimentarse con leche sana y a precio asequible.

Los vaqueros se resistieron a venderla al Ayuntamiento al mismo precio de tasa a que la estaban sirviendo al público. Y dieron como única razón opositoria esta respuesta cínica: al pueblo, si le vendemos la leche a precio de tasa porque se la damos aguada y adulterada, nos queda un buen margen ganancial...

Seguramente, jamás en la historia del latrocinio disfrazado de comercio se ha dado un ejemplo de cinismo igual.

Y lo peor no es que se trata de un caso demencial o de rebeldía codiciosa. No. Esa respuesta es sólo un síntoma típico de una mentalidad, de una espiritualidad verdaderamente clásica, porque es de clase y de tradición.

Un comerciante rehusará, acaso asqueado, la amistad de un pícaro que se dedica a robar carteras o a dar el timo del entierro; pero se considera honrado con

la compañía de un cofrade que haya inventado un medio de adulterar los alimentos, o mermar sin riesgo el peso y la medida, o aumentar usurariamente los precios. En la psicología comercial, el «bolsillero», o el «randa», o el timador, son unos delincuentes vulgares; pero el ciudadano que mixtifica y reduce el poder alimenticio de la leche para los niños y los enfermos, o el que usa pesas huecas, o el que acaparando víveres logra venderlos por cien veces su valor, es, simplemente, un experto hombre de negocios.

Robar arriesgando la libertad o la integridad física en plena calle es delincuencia; hacer lo mismo detrás de un mostrador es «habilidad comercial» o, todo lo más, una graciosa picardía.

«Es la guerra», dicen, en disculpa, los logrereros y mixtificadores.

Y quieren decir que la guerra es lo de siempre: que unos mueran para que otros se lucran, y todo un pueblo sufra para que una minoría se enriquezca.

Los vaqueros de Madrid han sido víctimas de ese espejismo tradicional, y hay un centenar de ellos presos, no sólo por rebeldes, sino, lo que es peor, por incomprensivos. Porque no han podido o no han querido entender que «esta guerra», la que el pueblo madrileño hace y sufre porque se la han impuesto, porque en ella defiende su vida y su libertad, no es como todas las guerras, no debe ser nunca como las guerras que desatan la codicia y el despotismo.

Nuestra guerra la hace el pueblo, y el ir contra el pueblo, contra su vida, contra su alimentación, contra su orden, es hoy, más que nunca, un delito de lesa patria y de lesa humanidad.

No están muriendo nuestros hombres y sufriendo privaciones nuestras mujeres y nuestros niños para que aumenten sus negocios los hijos de Mercurio. Basta ya de picardías «honrables». Quien merma el pan, o adultera la leche, o encarece la ropa de abrigo, es peor delincuente, en estos momentos, que quien perpetra un atraco o prepara un timo. El que roba unos gramos—mil robos pequeños hacen uno grande—, el que adultera los alimentos, el que encarece los víveres del pueblo, comete una traición. Es peor enemigo que el que acecha, fusil en mano, desde la trinchera adversaria. Con éste, la ley de una guerra noble puede ser humana. Contra el traidor de retaguardia, la ley de guerra debe ser inexorable.

JUAN FERRAGUT

CAPITOL

ESTRENO

del emocionante drama de aventuras

El último pagano

por

Mala y Lothus



ACTUALIDADES

1.ª semana de DIBUJOS
SONOROS, dedicados a

WALT DISNEY

Programas de material
corto exclusivamente

RIALTO

2.ª SEMANA de éxito de la formi-
dable película de gran espectáculo

Broadway Melody

Genial creación de

ROBERT TAYLOR

y

ELEANOR POWELL

PALACIO de la MÚSICA

3.ª SEMANA de grandioso éxito del
film de las carcajadas

UN PAR DE GITANOS

Insuperable creación de
los ases de la gracia

STAN LAUREL y OLIVER HARDY

AVENIDA

Estreno del grandioso film

El hijo de la Mongolia

Un film como no se ha visto otro
Espíritu, imágenes y música exótica

MADRID-PARIS

ESTRENO

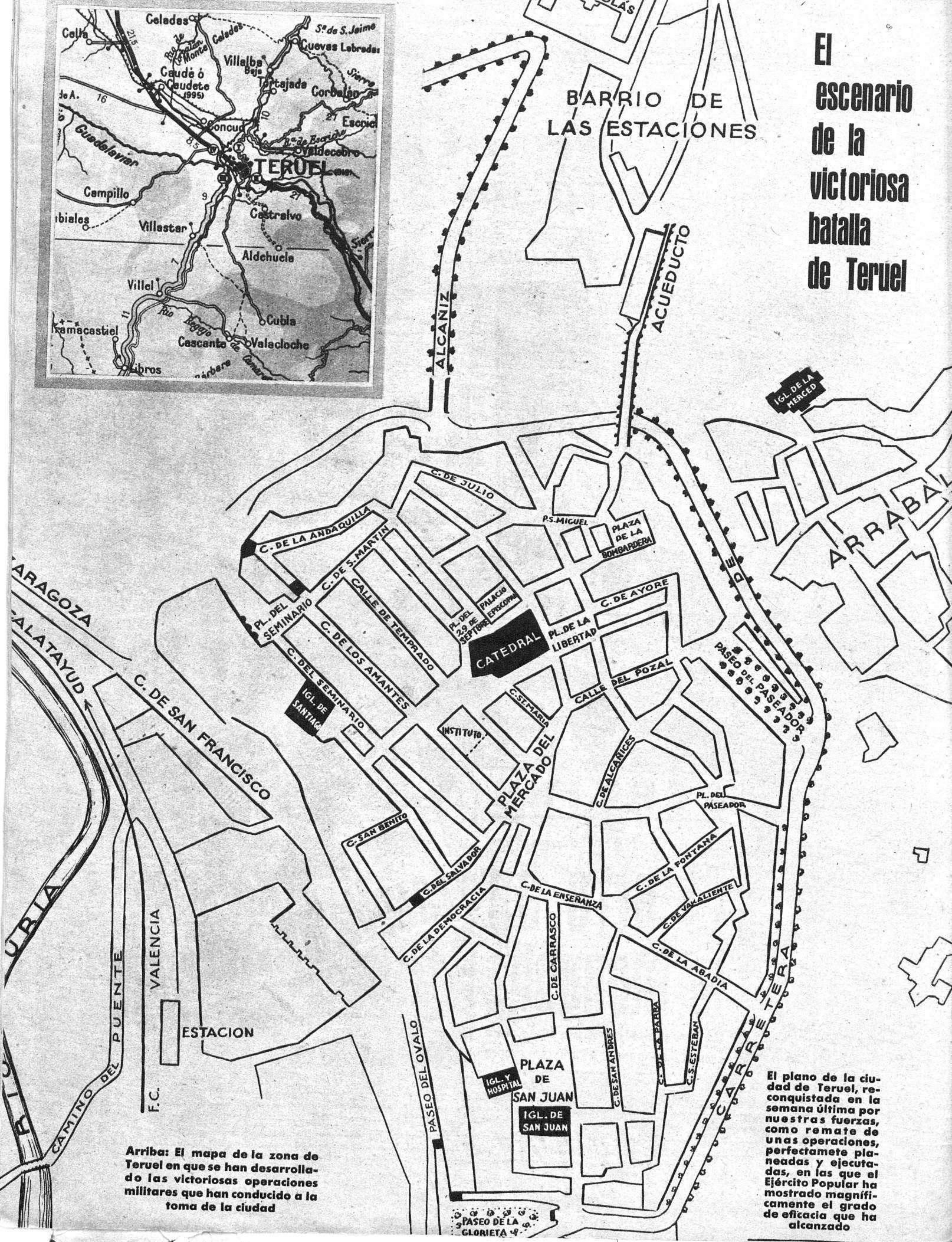
de la creación de

Claudette COLBERT y Fred MAC MURRAY

La novia que vuelve

Espectáculos

El escenario de la victoriosa batalla de Teruel



Arriba: El mapa de la zona de Teruel en que se han desarrollado las victoriosas operaciones militares que han conducido a la toma de la ciudad

El plano de la ciudad de Teruel, reconquistada en la semana última por nuestras fuerzas, como remate de unas operaciones, perfectamente planeadas y ejecutadas, en las que el Ejército Popular ha mostrado magníficamente el grado de eficacia que ha alcanzado